



FUERTEVENTURA

LA ISLA QUE SUPO ESPERAR

La vieja Herbaria que un día vio desaparecer el verde de sus bosques y sus valles, el agua de sus torrentes... pero no el espíritu de sus hombres recios y pacientes; hombres que durante años han reflejado en sus ojos el siena de la reseca tierra y el azul profundo de su mar; hombres que han guardado en sus corazones la esperanza de ver redimida su Maxorata, recibe hoy de la misma naturaleza, que la privó de verdor, el regalo de oro de unas playas inigualables que se abren de norte a sur entre suaves olas que han llevado en su rumor el nombre de Fuerteventura hasta los rincones más apartados del globo. Arenas doradas, aguas tranquilas que enlazan los nombres de Playa Blanca, Cotillo, Corralejos, Castillo Fuster, Gran Tarajal, Tarajalejo, Pozo Negro y Jandía, como cuentas de un rosario pasadas ininterrumpidamente por los dedos tostados de la tierra majoreira.

El tiempo de espera ha terminado; los hombres, que supieron esperar sin desmayar en el duro trabajo,

sacan el agua, no de las nubes, que temerosas de empañar el azul de su cielo, se la niegan la piden al eterno amigo: el mar. La potabilizadora va regando la reseca tierra y devolviéndole el antiguo verdor; la energía eléctrica se va extendiendo por toda la isla; se urbanizan zonas donde el turismo internacional encuentra la paz y la belleza que la isla ofrece generosamente; los hoteles, como el Maxorata, en Tarajalejo, en la playa de Las Palmeras, ofrecen la comodidad moderna junto al incomparable paisaje y el clima inigualable.

Pero Fuerteventura ofrece también el espectáculo único de sus pueblos y caseríos sobre su parda geografía: Betancuria, Pájara, Tuineje... blanco de muros, sabor de historia, ermitas que oyeron las primeras oraciones de aquellos bravos guerreros que cubrían sus recios torsos con los suaves tamarcos, se extienden a través de un paisaje siempre nuevo, distinto, pero igual en belleza. La isla que supo esperar, camina ya hacia un porvenir mejor.

